



Evelyn Arach

## Fuera de cámara

Arach, Evelyn

Fuera de cámara / Evelyn Arach. - 1a ed. - Rosario : Brumana, 2022.

196 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-48046-7-9

1. Crónica Periodística. I. Título.

CDD 070.444092

Foto de tapa: Virginia Benedetto

©Brumana Editora

brumana.editora@gmail.com

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Todos los derechos reservados.



*A Sami, por su amor infinito*

*A mi mamá, a mis abuelas, a mis tías y a cada mujer  
que me dejó escucharla*

*A Javi, a mi viejo y a mi hermano por acompañarme  
siempre*

*A Sonia Tessa, por su enorme generosidad y la lectura  
criteriosa de cada texto*

*A Mauro Aguilar por tomarse el tiempo de ayudarme a  
corregir*

*A Laura Rossi y Caro Musa por la edición del libro*

## Prólogo

Evelyn Arach recorre la ciudad en busca de noticias. Es cronista de un canal de televisión. Llega, hace una nota y se va. Cuenta frente a la cámara en pocas palabras lo ocurrido, más de una vez contiene las lágrimas. Son pocos minutos, y luego otra noticia, y otra, y otra más. Muchas por día.

Todo podría quedar ahí, en un sobrevuelo que cumple estrictamente con la responsabilidad de informar. En la combustión rápida de un suceso.

No es lo que ella quiere. Evelyn recorre la ciudad en busca de historias. Cuando termina el informe televisivo, no se desprende de los relatos, de los rostros, de las miradas. Las acopia para convertirlos en palabras, para llevarlos un poco más allá, para transmitirlos con su propia mirada.

Hay palabras que se ponen de moda. Empatía, por ejemplo. Esa capacidad de entender las vivencias y emociones ajenas. No se trata de ponerse en la piel del otro, sino de mirarlo sin indiferencia ni compasión. De hacerle lugar al diálogo.

Si Evelyn traspasa las exigencias de su trabajo coti-

diano y las convierte en crónicas es porque su compromiso está más allá de las modas. Es una forma de ver la vida. Escuchar y acompañar. Para ella, contar es -también- una responsabilidad.

Y así, la violencia urbana de Rosario son las balas que traspasan una puerta, el relato de una abuela, el llanto de una madre, la mirada de una niña.

En sus crónicas, la ciudad de los márgenes se hace central, cada vida cuenta. Y merece ser contada.

La violencia machista es el relato de una médica que se despertó en un hospital sin saber lo que le habían hecho, y que luchó para ser escuchada. Eso hace Evelyn, escuchar con atención, y reflejar amorosamente.

Las palabras elegidas para contar forman un mundo nuevo. El de Evelyn es un mundo atento al sufrimiento y la ternura. Las emociones forman parte de una forma de mirar, y por eso, puede abarcar el amplio abanico de lo humano.

La revolución de las mujeres kurdas, a 12.000 kilómetros de distancia, parece cercana. La carpintera que desafió los estereotipos desde hace décadas se hace presente.

Con la misma ternura muestra a sus compañeras de escuela, el abismo de dolor de su madre, la tozudez de la abuela.

La voz de Evelyn desliza las historias, pone el foco en el corazón, y con esa luz se detiene en los detalles de la

experiencia vital, en esos pequeños gestos que dan sentido a la vida.

Las crónicas de Evelyn trascienden los rayos catódicos y dejan que las palabras hagan lo suyo: dejar una huella en la memoria.

*Sonia Tessa*

Virginia Benedetto: En busca de la  
revolución

“Virginia Benedetto: en busca de la revolución” fue publicado en la revista *Continuidad de los Libros* (<http://continuidadde-loslibros.com/virginia-benedetto-busca-la-revolucion/>) que dirige la periodista Violeta Serrano y que recoge crónicas de toda hispanoamérica.

El viaje se pospuso dos veces a causa de los bombardeos. La fotógrafa rosarina Virginia Benedetto tuvo que esperar más de dos años para concretar su proyecto. Y cuando por fin las condiciones parecían óptimas, un nuevo ataque al pueblo kurdo en Siria y Turquía recrudeció la violencia. Le advirtieron del peligro. Pero ella estaba decidida. Así que sacó los pasajes y armó las valijas. Miró el almanaque: octubre de 2018. Tenía trece mil doscientos kilómetros por delante.

La noche previa a partir, le dejó en el cajón de la mesa de luz una carta a su compañero de vida, Lautaro Sarmiento: “Pibito, voy a atravesar la experiencia más grande de mi vida. Quiero que sepas que te llevo conmigo, que voy a pensarte mucho, que voy a extrañarte mucho (...) Te amo. Hasta la Victoria Siempre”. Las mismas palabras que había escrito Ernesto Che Guevara al irse de Cuba en 1965, esas que los dos admiraban tanto. Esas que los había unido desde la primera charla, un año antes.

Esta despedida no era cualquier despedida. Virginia, de 38 años, dejaba Argentina para ir a una región en

guerra a contar con su lente historias desgarradoras. Era probable que no regresara. Había perdido compañeras en la misma misión. Ambos lo sabían. Sin embargo, la convicción se impuso al miedo.

“Conocí a una mujer kurda en 2016, durante el Encuentro Nacional de Mujeres que se hizo en Rosario. Allí supe que existía una revolución que se estaba librando en pleno siglo XXI y que además era comandada por mujeres. Y quise estar. Mi sueño era ser parte de una revolución capaz de liberar a los pueblos oprimidos como ocurrió en Cuba. Por mi edad no pude ser parte de aquella lucha ni de la que se libró en los años 70 en la Argentina, así que sentí que esta era mi oportunidad, en mi propio tiempo”.

Durante la entrevista lleva un vestido rojo y calzas negras. Se sienta de costado y pausadamente, revive el entusiasmo de aquellos días. Durante un mes visitó las regiones de Irak y Siria, habló con docenas de mujeres, de “compañeras”. Su misión fue y es hacer visible el dolor de un pueblo que lucha por la autodeterminación en Medio Oriente: el pueblo kurdo, que es violentado una y otra vez.

El territorio de Kurdistán está hoy dividido entre cuatro estados: Irak, Irán, Siria y Turquía. Su existencia se remonta a 600 años antes de Cristo y es previa a la formación de esas naciones. Pero las cuatro quieren su

exterminio y han implementado sucesivos genocidios. El último recayó sobre un pueblo llamado Shengal, ubicado al norte de Irak. La organización terrorista Isis impuso la crueldad más extrema. “Ataban a las mujeres y las violaban hasta que morían de hambre o de sed. También obligó a otras mujeres a comerse a sus propios hijos y desapareció a niñas tras violarlas para venderlas en el mercado de esclavos”, cuenta Virginia.

“Eso ocurrió en 2014, cuatro años antes de que yo llegara. Estuve diez días en Shengal y no podía creer la brutalidad y la crueldad de la que un ser humano es capaz. Pero también vi la determinación de ese pueblo a no doblegarse: con los escombros de la destrucción construyeron caminos”, dice Virginia con los ojos húmedos y la admiración que le provocan los y las sobrevivientes. Una de ellas es una mujer que, ante su presencia, ante su interés por escuchar y reconstruir aquella historia para contarla al mundo, guardó por horas el más absoluto silencio. La fotógrafa entonces le explicó que, en su lugar de origen, Latinoamérica, ha habido numerosos dictadores, genocidas y torturadores. Que en su propio país, Argentina, la última dictadura militar desapareció a 30 mil personas. Que la abuela de su compañero de vida, Lucrecia Ramona Villalonga, había muerto en 2013 buscando incansablemente a su hijo Mariano, a quien los militares habían secuestrado y desaparecido para siempre. Porque los genocidas no conocen fronteras, ni llevan cuenta de



la sangre derramada. Porque los opresores y los oprimidos existen desde que el mundo es mundo. Y también existen quienes no doblan sus rodillas.

Traducido el relato, porque Virginia no habla kurdo, la mujer levantó la mirada y contó que era madre de cuatro hijos a los que Isis había asesinado. Uno a uno. Que ella había sido víctima de reiteradas violaciones. Pero que, cuando las milicias kurdas bajaron desde las montañas e hicieron un cordón humano para que ella y otros habitantes de Shengal pudieran escapar, supo que existía la esperanza. Vio mujeres y hombres con fusiles poniendo el cuerpo para salvar a sus compañeros y compañeras del horror. Y tan pronto Isis se fue, ella regresó y fundó una cooperativa de mujeres que fabrican vestidos para todo el pueblo. Dijo algo que a la fotógrafa la marcó para siempre: “Ahora sé que ningún hombre debe decirme cómo tengo que vivir”.

“Que una mujer, que sufrió el dolor más inimaginable, pueda tener esperanza y autonomía gracias a un grupo de milicianos y milicianas que arriesgaron la vida por ella... eso es la revolución”, dice Virginia.

Shengal es todavía una ciudad que se erige sobre su propia destrucción. En las fotos que Virginia tomó, es posible ver un montón de escombros que se abalanzan como olas sobre edificaciones en ruinas. Allí donde hubo vida todo es ruina: hay edificios demolidos como si un gran terremoto hubiera instalado la devastación. Pero

no. No ha sido un terremoto, sino el genocidio número 74 al que sobrevive esa ciudad.

Otra foto muestra a una mujer junto a sus vestidos recién enhebrados. Su rostro es el rostro del dolor. Sus manos tienen el poder de la esperanza.

¿Cómo es posible que seas tan buena fotógrafa?, pregunto.

Virginia se sonroja, no le gustan los halagos. Trabaja en La Capital, el diario más antiguo de Rosario, la segunda ciudad más importante de su país. Es reconocida por su labor. Por su capacidad de ver y captar. Pero no presume. Nunca. Llegó hasta allí de la mano de sus convicciones.

Mientras estudiaba Psicología (Nd R: tiene cuatro años cursados en la Universidad Nacional de Rosario) militaba en una agrupación estudiantil de izquierda: la Santiago Pampillón, que reivindica a un joven asesinado por la policía en 1966. “La agrupación necesitaba una fotógrafa y entonces empecé a estudiar fotografía. Si la agrupación hubiera necesitado que aprendiera a pintar las paredes de las casas, yo habría aprendido. Porque estaba al servicio de la agrupación”. En ese momento, luchó activamente por los derechos de las y los estudiantes, fuera y dentro de los claustros. Y así, se transformó en una fotógrafa brillante.

Aunque lejos del statu quo que la burguesía impone.

Hija de una comunicadora social y de un médico, sintió que la psicología era más bien un mandato familiar y decidió abandonar la carrera definitivamente, para entregarse de lleno a la fotografía. Desde allí solo le importa contar el mundo y sus injusticias. Reivindicar a quienes las combaten. Aunque en ese intento arriesgue su propia vida.

La primera vez que vi a Virginia Benedetto fue en enero de 2015. Las dos quedamos cuerpo a tierra durante un tiroteo en Barrio Ludueña, Rosario. Porque un adolescente miembro de una red de narcotraficantes disparó hacia donde estábamos los trabajadores de prensa dialogando con vecinos que destruían un puesto de venta de drogas. Nos refugiamos detrás de un muro. Hasta que pudimos escapar. Ella nunca dejó de ir a los barrios más pobres de la ciudad. Y sobre todo nunca dejó de sentir pena por ese niño al que enviaron a matarnos y que pronto enviarían a morir los poderosos invisibles que manejan las redes de la narcocriminalidad.

Ir a un territorio que puede ser bombardeado por el Isis en cualquier minuto es aún más peligroso.

### *Dicho en kurdo*

Antes de viajar trece mil kilómetros con una cámara en la mano y un sueño enhiesto, Virginia Benedetto tejió

redes, lazos de confianza con mujeres de Kurdistán que estuvieron dispuestas a recibirla. A dos años de aquel registro fotográfico, Melike Yassar, representante de las mujeres kurdas en América Latina y miembro del Congreso Nacional de Kurdistán, hace una valoración de ese trabajo:

“Lo que la compañera hizo es fundamental: demostrar que la principal lucha de nuestras mujeres no es la lucha armada, sino la lucha por un lugar de igualdad dentro de la sociedad. Perteneíamos a una sociedad que mataba a las mujeres en nombre del honor, que no nos permitía existir en el sentido pleno de la palabra. Los kurdos tenemos una propuesta antifascista, antisexista y de convivencia religiosa. Esa es la verdadera amenaza para los grupos terroristas y para los estados que los apoyan. Las fotos de Virginia hoy son una referencia en toda América Latina”.

Todo Kurdistán tiene su esperanza puesta en que las Naciones Unidas y la OTAN detengan los intentos de exterminio. Pero para eso necesitan que la comunidad internacional sea capaz de verlos.

Y el lente de una cámara, aprendió la reportera gráfica, puede ser usado para exigir el cese del fuego. Para agitar el blanco pañuelo de la paz. O para exacerbar el peligro que acecha a quienes son retratados.

Para reafirmarlo cuenta una anécdota. En una de las ciudades que visitó vio a tres niños jugando en la calle y